

EL DOCTOR DON PLÁCIDO GONZÁLEZ DUARTE (1897-1986), PERFIL VITAL DE UN GRAN CIRUJANO ALBACETENSE¹

Por José Manuel ALMENDROS TOLEDO

Al Doctor Don José Vergara, en Puerta de Hierro

La coincidencia del presente año con el centenario de su nacimiento, nos ofrece la oportunidad de apuntar aquí algunas breves anotaciones biográficas sobre Don Plácido González Duarte, prestigioso cirujano nacido en Carcelén (Albacete) y figura absolutamente fundamental a la hora de atender a la necesaria tarea de historiar la medicina en nuestra provincia.

Don Plácido nació el 17 de septiembre de 1897², en el domicilio familiar de la calle de Arriba de la mencionada localidad. Su padre, Francisco González Gómez, se dedicaba a la arriería por tierras de La Mancha, Valencia y Andalucía. La ocupación de tajinero había sido muy corriente en los pueblos del distrito ibañés durante centurias. Su origen seguramente habría que buscarlo en un antiguo privilegio real concedido para repoblar aquellas tierras, por el que se eximía a sus pobladores del pago de impuestos por el tráfico de mercaderías. La arriería, aunque ya en decadencia en la comarca debido a los nuevos medios de venta y transporte, aun quedaba como una actividad residual a finales del siglo pasado.

Su abuelo materno, hombre trabajador y con ambición de prosperar, entendió que el bienestar de su numerosa familia pasaba por la emigración. Martín Duarte, que así se llamaba, era barbero-cirujano, o cirujano-sangrador, pues se ocupaba de pequeñas operaciones de cirugía menor, como extracciones dentarias, sangrías, fracturas, etc., muy común en la época. Dejó Carcelén para trasladarse con sus hijos varones a Madrid, donde abrió una barbería en la calle Lavapiés n.º 9, en la que se ocuparon provisionalmente la mayoría de ellos. En Carcelén quedaron su hija Petra y su yerno Francisco, padres de nuestro biografiado, que aún tardarían unos años en unirse al éxodo familiar.

Francisco y Petra llegaron a Madrid el día de San Isidro del año 1900. Como algo anecdótico habría que recordar aquí que Don Plácido siempre decía que sus padres planearon así el viaje para beneficiarse de los descuentos que ofrecía la compañía ferroviaria en ese día festivo. La ciudad que encontró la familia Duarte, así nos lo recuerda Don Plácido, era un Madrid galdosino, tranquilo, de calles concurridas por obreros y militares y transitado por arrieros y mieleros que llegaban de la Alcarria con sus borriquillos. Atrás quedaron, pues, el carro y la mula con la que su padre se había ganado la vida hasta entonces. Una nueva andadura comenzaba para la familia Duarte. Don Plácido ya no regresaría a Carcelén hasta cumplidos los siete años, aunque desde entonces solía pasar sus

¹ El presente trabajo es deudor de las aportaciones documentales del profesor Juan José Gómez Molina y de los consejos e informaciones prestados por los Doctores Maíz Bernejo, Peraita, Peña y Orueta Ontañón sus discípulos y más íntimos colaboradores.

² Archivo del Registro Civil de Carcelén. Acta del 18-9-1897. Sin clasificar.



El Doctor Don Plácido González Duarte. Retrato de Vázquez Díaz.

Instituto de Estudios
de Castilla-La Mancha

períodos vacacionales en su villa natal; siempre se consideró un carcelenero y estuvo próximo y muy vinculado a su vida local. En Carcelén, recordará siempre, pasará los mejores momentos de su vida. Su gran orgullo, decía, fue el haber sido cofundador y colaborador con su primo Don Esteban Gómez Gil³ de un semanario local, «El Faro», que se editó en la villa, allá por el año 1914.

Los recién llegados se instalaron en la casa de los abuelos. El padre encontró pronto empleo como cobrador de la Sociedad de Médico y Botica «La Esperanza», complementando sus ingresos con algunos trabajos ocasionales. Su madre atendía la casa, se ocupaba de tener limpios los paños de la barbería y cosía ropa para el ejército que cobraba a tanto la pieza. En cuanto a los hijos, que eran doce, iban a la escuela y en los ratos libres hacían trabajos de poca envergadura, como cobrar recibos de la compañía en la que estaba empleado el padre, construir belenes para vender en la Plaza Mayor o ejercer de aprendices en la barbería del abuelo⁴. Cuando éste murió, Duarte seguía estudiando y sirviendo en la peluquería de Lavapiés.

A los nueve años, su maestro de primeras letras, Don Florencio Hidalgo, consciente de las cualidades del muchacho, se puso al habla con sus padres para que hicieran los esfuerzos necesarios para que pudiera seguir estudios superiores. Tras madurar la sugerencia y valorar las posibilidades económicas familiares se decidió que fuera matriculado en el Instituto San Isidro, sito por entonces en la calle de Toledo. Forzoso será referir aquí que el doctor Duarte operó a su «maestrículo de unitaria», como gustaba llamarlo, en el año 1960, cuando nuestro facultativo estaba en la cumbre de su carrera.

No fue brillante en sus estudios hasta el cuarto curso de bachillerato, año que adornó su expediente con matrícula de honor en todas las asignaturas. Enamorado de las ciencias de la naturaleza, especialmente de la anatomía y biología, su vocación se encauzó hacia los estudios de medicina, que realizó en San Carlos. Como era previsible, el preparatorio lo superó con una matrícula de honor. En el primer año de carrera, el doctor Duarte ganó un premio instituido por el profesor Martínez Molina, premio que tenían que otorgar los estudiantes al compañero más destacado. Pequeña era la dotación, 500 pesetas, pero el joven Plácido tuvo la inmensa satisfacción de ser conducido a hombros por sus mismos condiscípulos desde las aulas universitarias hasta la peluquería de Lavapiés. El relataba el momento con estas palabras: «*Todavía recuerdan las abuelas de aquella calle al chico que llevaron los estudiantes a hombros. Me pusieron los pies al llegar a la puerta de casa e hicieron salir a mis padres al balcón. Los pobres estaban emocionadísimos, como era lógico*»⁵.

Para pagarse sus estudios universitarios daba clases a estudiantes de medicina en la Escuela Ateneo. Además de un desahogo, aquel trabajo le permitió llevar a casa un poco de dinero con el que ayudar a la pobrísima economía familiar.

³ Gómez Gil fue un abogado prestigioso natural de Carcelén que a lo largo de su vida desempeñó altos cargos políticos y jurídicos, tanto en el ámbito provincial, de donde fue Diputado, como en el nacional, pues ocuparía la Secretaría General de la Dirección General de Trabajo, y poco después la Subsecretaría de Justicia. Fue nombrado hijo predilecto de Albacete el 1 de marzo de 1944, y a Madrid se trasladaron las autoridades municipales para hacer entrega de dicha distinción al nominado. Hoy, la ciudad de Albacete le tiene dedicada una calle.

⁴ Entrevista de Marino Gómez Santos en el diario PUEBLO. Madrid, 24 de junio de 1961.

⁵ Marino Gómez Santos. «Conversaciones con el Dr. Duarte». *TRIBUNA MÉDICA*. Núms. 12, 13 y 14 de Agosto de 1964.

Como estudiante de medicina fue alumno de los grandes médicos españoles, Ramón y Cajal, Marañón, Cardenal, Medinaveitia y otros. Fue el discípulo predilecto del último citado, con el que estudió Patología General y sus enseñanzas de Fisiopatología contribuyeron a forjar la actitud de objetividad mental de Duarte en sus diagnósticos. Según decía él mismo «...*mi paso por el servicio de Don Juan Medinaveitia, cuyo rigor en la obtención de los datos clínicos y en las hipótesis diagnósticas significaron una orientación en mi forma de hacer medicina. Era una forma de ver la realidad de la patología desde la experiencia (empirismo) contrastada por la comprobación anatómo-patológica (necropsia u operación quirúrgica). El resultado fue, por tanto, la unión de una rigurosa obtención de signos y síntomas, analizados con criterios fisiopatológicos (todo debe tener un «por qué», analizable y reducible, pero además ha de ser comprobado por la observación «in vivo» (inspección, palpación, anatomía patológica) o «post mortem»*»⁶.

Los últimos años de carrera los pasó como interno en San Carlos y en el Hospital provincial de Madrid, en el Servicio de Cirugía que dirigía el Doctor Cardenal, anteriormente mencionado, que pronto le autorizó a hacer algunas pequeñas intervenciones quirúrgicas.

Hijo del regeneracionismo, destacaba por tener un gran entusiasmo cultural; en las ocasiones que podía distraer algún rato de sus estudios solía acudir a las conferencias que se daban en el Ateneo y en la Residencia de Estudiantes, de cuyo laboratorio era asiduo visitante. Como reconocería años después D. Severo Ochoa: «Los laboratorios de la Residencia desempeñaban una doble finalidad: pedagógica y de investigación. Varios de ellos desarrollaban cursos regulares, en los que un grupo de estudiantes seleccionados recibía una instrucción eminentemente práctica. El excesivo número de estudiantes en las facultades de medicina y ciencias de la Universidad de Madrid dificultaba enormemente la posibilidad de que en ellas se llevase a cabo una enseñanza práctica con el alto grado de eficiencia que la formación, tanto profesional como científica, de los alumnos hubiese hecho deseable. Y los laboratorios de la Residencia permitían a los estudiantes más aventajados llenar, y muy cumplidamente, aquella laguna, ofreciéndoles la posibilidad de realizar por sí mismos las diversas técnicas biológicas y químicas e iniciarse en el terreno de la investigación científica... La contribución de los laboratorios de la Residencia a la formación de la juventud científica española ha sido asombrosa, y numerosos son hoy los ejemplares de tal contribución. Si bien algunos de los laboratorios realizaban sólo la labor pedagógica y formativa anteriormente esbozada, en algunos de ellos se efectuó una intensa labor de investigación científica».

Tanto en el Ateneo como en la Residencia pudo asistir a tertulias con sus admirados Juan Ramón Jiménez y Don José Ortega y Gasset.

En el año 1920, el barberillo de Lavapiés, y nunca mejor dicho, obtuvo su licenciatura y doctorado con premio extraordinario.

Recién doctorado, consiguió una de las dos becas que concedía la Facultad de Medicina para postgraduados destinadas a seguir estudios en el extranjero. Una fue para el Doctor Jiménez Díaz y la otra para el Doctor Duarte. Partieron juntos hacia París los dos médicos. Duarte permaneció casi un año en la capital francesa. Después fue al encuentro de su compañero a Francfort y Estrasburgo, esta vez acompañado por su siempre leal

⁶ Doctor Duarte. Conferencia pronunciada en *La Sociedad de estudios y publicaciones*. 22 de abril de 1968.



El Doctor Don Plácido González Duarte. Busto de Juan de Ávalos.

Centro de Estudios
de Castilla-La Mancha

amigo el jurista Don Joaquín Garrigues y Díaz Cañabate, donde seguiría con sus estudios de cirugía.

A su regreso a Madrid, en 1922, se presentó a sus primeras oposiciones. Era para cubrir una plaza de médico a la Casa Real, plaza que ganó⁷. Los médicos de la Casa Real no lo eran de la Familia Real, sino que atendían a funcionarios y empleados de palacio. A pesar de haber nacido en el seno de una familia de pocas inclinaciones monárquicas, pues era hijo y nieto de republicanos federales, a Don Plácido le gustaba rememorar con frecuencia, y no sin cierto orgullo, el día que curó a Alfonso XIII de una neumonía⁸.

En 1924 ingresó por oposición en el cuerpo de la Beneficencia y comenzó a trabajar en el Hospital de la Princesa como ayudante de su maestro el Doctor Cardenal, en el servicio de Cirugía General, del que era titular. Fue el año en que contrajo matrimonio con su esposa Montserrat Martí Pujadas, licenciada en filosofía y letras, con la que permanecería hasta su fallecimiento en 1984, dos años antes que él.

En 1926 comenzó a trabajar como cirujano en Valdelatas. En 1932 se crearon las plazas de cirujano por el Patronato Nacional Antituberculoso, obteniendo una de ellas por oposición, que le permitió seguir ejerciendo en Valdelatas su trabajo. Así pues, su trabajo lo distribuyó entre varias instituciones tanto públicas como privadas, a pesar de lo cual sacaba tiempo para dar cursillos de cirugía a nuevos cirujanos. Esforzado siempre, no hacía otra cosa que estudiar y trabajar.

En 1932 hizo oposiciones a una de las cátedras de Cirugía de la Facultad de Medicina de Madrid, con el resultado que él mismo nos relata: «*Nos presentamos seis señores y no nos dieron la cátedra a ninguno. Lo que sí hicieron fue aprobarnos como posibles catedráticos, pero ninguno logró la mayoría necesaria... Esa ha sido mi única oposición a cátedra*»⁹. Un exceso de orgullo, según cuenta él mismo, le impidió volver a opositar nuevamente. No obstante, a propuesta del Rector de la Universidad fue nombrado profesor agregado, función que desempeñó en el Hospital de la Princesa hasta el comienzo de la guerra civil. Uno de éstos alumnos que compartiría con él los días de angustia en los hospitales de guerra de Madrid, Don Luis Cifuentes Delatte, dijo de su maestro: «*Un maestro tan extraordinario no fue acogido por la Universidad, ni antes ni después de la guerra, pero sus discípulos son legión. Su explosivo triunfo profesional en los años después de la guerra fue su propio mérito, por su intrínseco valor, sin la menor relación con el ambiente oficial, mas a él acudían familias y enfermos de todo tipo y con los problemas más variados*»¹⁰.

El comienzo de la contienda le sorprendió cuando se disponía a viajar al extranjero, proyecto que tuvo que abandonar al ser militarizado como el resto de los médicos de uno y otro bando. Por aquellos días de julio compartía la Jefatura de Servicio de Cirugía con el doctor Cardenal, servicio que como es natural tuvieron que reorganizar dadas las especiales circunstancias que se estaban dando.

Como al resto de los hombres de su generación, la guerra civil le dejó profunda-

⁷ LA VOZ DE ALBACETE. Entrevista con el Doctor Duarte. Domingo, 25 de julio de 1982.

⁸ *Ibidem*. También en el diario PUEBLO, sábado 24 de junio de 1961. «Españoles de hoy», en MUNDO HIS-PÁNICO y otras publicaciones de la época.

⁹ Gómez-Santos, Marino. Pequeña Historia de Grandes Personajes: El Doctor Duarte. Diario PUEBLO 24 de junio de 1961.

¹⁰ Cifuentes Delatte, Luis. «Doctor Don Plácido González Duarte». Diario ABC, 12-6 1986.

mente marcado y solía rememorar con frecuencia aquellos días en las entrevistas en términos semejantes a éstos: «Yo estaba en mi casa a las siete y media el día 17 de julio, cuando llamó el conserje del Hospital de la Princesa diciendo que de orden del decano me presentara inmediatamente, que estaban entrando muchos heridos procedentes del asalto al cuartel de la Montaña. Fui corriendo al Hospital y allí permanecí trabajando incesantemente diecinueve días sin ir a casa... El trabajo era brutal. El 17 de noviembre de 1936, después de uno de los intensos bombardeos de Madrid, habían caído sobre el Hospital treinta o cuarenta proyectiles de obús. La vida en el Hospital era angustiada... Pedimos a los que controlaban el Hospital que nos permitieran trasladarlo al colegio del Pilar con todos los enfermos y heridos, y ésto se hizo rápidamente, utilizando para ello hasta el Metro. El trabajo era incesante, porque hay que tener en cuenta que prácticamente era el nuestro el único hospital civil de Madrid y teníamos que atender no sólo los heridos de guerra, sino al personal civil»¹¹.

El académico Juan Rof Carballo recordaba esta etapa de la vida de Duarte con las siguientes palabras: «Creía firmemente en la libertad, y durante nuestra guerra civil prestó servicios inmensos por los que luego jamás se le ocurrió reclamar otra recompensa que el respeto unánime que le tuvieron los españoles de su tiempo»¹².

Aunque de frágil figura, su voluntad infatigable y su resistencia física le permitieron pasar casi toda la contienda atendiendo heridos y operando en todos los quirófanos de campaña madrileños que pudieron improvisarse. Mientras que él permanecía en aquel amenazador Madrid, asediado y bombardeado, buscó en Carcelén protección para sus familiares, donde pasaron la guerra sin sobresaltos. Las atenciones y desvelos de su gran amigo Benjamín Palencia contribuyeron a ello.

Cincuenta años después, su labor en los hospitales de guerra aún es recordada por muchos de sus compañeros médicos. En una reciente publicación, el Doctor José Estellés Salarich, que fuera Jefe de Sanidad del Ejército Republicano del Centro, lo destacaba como uno de los grandes cirujanos que trabajaron en Madrid: «LOS GRANDES MITOS. Hemos insistido en varias ocasiones en que la desgracia que sufría Madrid siendo frente la compensaba la Sanidad Militar en parte con la ventaja de contar con grandes instalaciones con mucho material y con un espléndido personal. En Madrid, durante un largo periodo de la guerra tuvimos trabajando a personalidades como los ya citados doctores Cardenal, Olivares, Tamames, etc., a las que hay que añadir otros nombres como Peláez, González Duarte, Calendre y muchos más de talla semejante»¹³.

Con parecidas palabras se pronunciaba el Doctor Mariano F. Zúmel, Ex jefe del Equipo Quirúrgico C-32 del Ejército del Centro: «En los grandes hospitales de Madrid, como fue el Provincial, estaban operando el Doctor Olivares, el Doctor Cardenal, las figuras más destacadas y más importantes y, por qué no decirlo, probablemente los mejores cirujanos que había en Madrid. También estaba operando, haciendo cirugía de guerra, otro buen cirujano (afortunadamente éste vive todavía), el Doctor Duarte...»¹⁴.

¹¹ Gómez Santos Marino. «Conversaciones con el Dr. Duarte». TRIBUNA MÉDICA, 24 junio de 1961.

¹² Rof Carballo, Juan. «Un hombre de España: Plácido González Duarte». Diario ABC 12-6-86.

¹³ Estellés Salarich, José. «La sanidad del Ejército Republicano del Centro». Pág. 54. Monografías Beecham. «Los médicos y la Medicina en la Guerra Civil Española». Madrid, 1986.

¹⁴ F. Zúmel, Mariano. «Cirugía de Guerra». Monografías Beecham. «Los Médicos y la Medicina en la Guerra Civil Española». Madrid, 1986.

«CURA ESPAÑOLA»

En el transcurso de la contienda se puso en práctica lo que se vino en llamar con los nombres de «Cura española», o también «Cura Duarte», en reconocimiento de la exclusividad de su invención a nuestro biografiado, aunque un buen número de médicos de la época también atribuyeron la idea al Doctor Bastos.

De sobra es sabido que las heridas de guerra plantean muchos problemas en cuanto a la asepsia se refiere, pues la metralla suele producir importantes traumatismos y desgarreros irregulares y profundos, que la mayor parte de las veces no se podían tratar adecuadamente en los improvisados hospitales de los campos de batalla en los que no se podía contar con antisépticos químicos, por lo que había que recurrir a la limpieza estricta a base de agua hervida y jabón. Sin embargo, tal procedimiento no ofrecía muchas garantías, pues el acto quirúrgico no podía hacerse inmediatamente, lo que daba lugar con demasiada frecuencia a infecciones irreversibles.

Los Doctores Duarte y Bastos, parece ser que por separado, desarrollaron un método quirúrgico que resultó muy eficaz pues evitaba las infecciones en un alto porcentaje de casos y que aquél nos relata en los siguientes términos: «*Lo pusimos en práctica por primera vez en la guerra civil. Y digo la pusimos porque sin estar de acuerdo, porque estábamos en hospitales de sangre distintos, él en el Hotel Palace y yo en el colegio del Pilar, coincidimos en una cura para las heridas el doctor Bastos y yo. Era agosto de 1936... La metralla destruye y desgarrar los tejidos con riesgo de infección y gangrena. Para evitarlo hay que limpiar el quirófano todo lo desvitalizado y entonces, para proteger la herida, hacíamos un enyesado con ayuda de vaselina; aun cuando olía un poco, la herida cicatrizaba maravillosamente*»¹⁵.

Sin embargo, es preciso aclarar que por aquellos días del comienzo de la guerra, el Doctor Bastos Ansart, dio a la imprenta un librito titulado «*Las heridas de guerra*»¹⁶, dando a conocer el método. En él podía leerse: «*Cuando la herida es amplia e irregular está indicada la limpieza quirúrgica a fondo, haciendo una extirpación total de todas las paredes de la brecha, desde la piel hasta lo más hondo. En el caso de fracturas, esta extirpación debe detenerse en el hueso... En cambio, no debe tenerse reparo en abrir bien las partes blandas, extirpar ampliamente los tejidos modificados que contiene la herida, en regularizar sus bordes y ponerla a plano, por así decirlo, aplicando a continuación la cura oclusiva en forma de vendaje enyesado...*». Teniendo en cuenta el prestigio del autor, es de suponer que fuera leído por la mayoría de los cirujanos españoles, lo que puede explicar que se atribuyera la paternidad al Doctor Bastos y quedara en el olvido la participación de Duarte.

Por nuestra parte opinamos que más que un plagio en la técnica empleada entre ambos médicos sería oportuno pensar que pudiera tratarse de una coincidencia. Este tipo de coincidencias en lograr descubrimientos casi simultáneamente era muy frecuente entre los cirujanos de la época, pues las exigencias eran idénticas y los medios similares.

¹⁵ Tita Martínez. Diario «*LA VOZ DE ALBACETE*». Domingo 25 de julio de 1982.

¹⁶ Bastos Ansart. «*Las heridas por arma de fuego*». Ed. Labor. Madrid, 1936.

Al terminar la contienda el Doctor Trueta se marchó a Inglaterra y pronto se puso en contacto con las autoridades sanitarias militares británicas (fue consejero del Ministro de Sanidad) a las que convenció de la eficacia de esta práctica de cirugía de guerra, método al que llamaron «*Spanish Method*», y también por algunos «*Cura Trueta*», que sería muy utilizado en los campos de batalla durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, el Doctor Duarte nunca abdicó de su paternidad conjuntamente compartida con la del Doctor Bastos, que siempre defendió y en ello solía mostrarse contundente: «...*la verdad histórica es que fue "Cura española", porque la pusimos en práctica el Dr. Bastos y yo*»¹⁷.

Este procedimiento se mantiene actualmente en el Manual de Cirugía Militar de la OTAN, utilizable en tanto no se pueda disponer de otros medios más eficaces¹⁸.

SU FORMACIÓN EN EL EXTRANJERO

A la guerra civil le sucedió un periodo de aislamiento de casi diez años para los médicos españoles y, consecuentemente, los progresos en medicina quedaron congelados. Lo mismo sucedería en Europa a causa de la Segunda Guerra Mundial. Un panorama sombrío se abriría para la medicina tras la guerra. Por otra parte, en contra de lo que se creía, pronto se puso de manifiesto el hecho, para muchos paradójico, de que la cirugía avanza más en los periodos de paz que en los bélicos. Fue en estos años cuando se tomó conciencia de la necesidad que había de concentrar todos los medios, aseptia, instrumental, equipos de anestesia y reanimación, etc., agrupados alrededor de la sala de operaciones. Pero, sobre todo, se vio que era absolutamente necesario comprobar los resultados de todo acto quirúrgico, cosa que no era posible en el frente pues los operados que sobrevivían eran rápidamente trasladados a la retaguardia. En cirugía, el fracaso puede ser más elocuente y más rico en enseñanzas que el éxito. El hecho es que al acabar la Segunda Guerra Mundial, los cirujanos europeos volvieron la mirada hacia los Estados Unidos, donde se habían conseguido importantes progresos debido a que la guerra se mantuvo apartada de sus fronteras. Allí afluyeron y concentraron gran cantidad de médicos franceses, alemanes, ingleses, portugueses, etc.; iban tanto a la búsqueda directa de las nuevas técnicas que se estaban ensayando, como a conseguir el nuevo instrumental que se estaba empleando. Los adelantos en la anestesia y antisepsia, especialmente con el uso de los antibióticos, abrieron desde entonces un camino tan inmenso como atractivo.

El doctor Duarte, injustamente tratado por su condición de haber ejercido su trabajo en zona republicana, no podía pedir un visado para estudiar las nuevas técnicas en los EE.UU. Su gran amigo Rafael García Serrano nos confirma lo anterior, compartiendo sus palabras con Laín Entralgo: «*Señala Pedro Laín que los nacionales no nos portamos justamente con Don Plácido, y así es. Estoy seguro de que él hizo cuanto pudo por evitarlo, lo mismo que yo...*»¹⁹.

¹⁷ LA VOZ DE ALBACETE, 25-7-1982.

¹⁸ Dr. Moral Torres. J. Ex profesor numerario de Patología Quirúrgica de la Universidad Autónoma de Madrid. «*El Método Español en el tratamiento de las heridas de guerra (Técnica de Orr-Bastos-Trueta)*. Monografías Beechmn. «*Los médicos y la Medicina en la Guerra Civil Española*». Madrid, 1986.

¹⁹ García Serrano, Rafael. «*Don Plácido*». Diario «EL ALCAZAR», 11 de junio de 1986.

R 177338

II CONGRESO NACIONAL DE CIRUGIA

I PONENCIA

✓
C^o 2228-25

**

INDICACIONES Y TÉCNICAS DE LA RESECCIÓN PULMONAR

POR EL

Dr. P. G. Duarte
DR. P. G. DUARTE

DEPOSITO LEGAL



OCTUBRE, 1951

EDITORIAL PAZ MONTALVO
MADRID

Centro de Estudios
de Castilla-La Mancha

La suerte permitió que en 1946 atendiera de una fractura al consul de Estados Unidos en Madrid, diplomático que le facilitó todos los permisos oportunos que le abrirían las puertas para estudiar en los hospitales americanos. Partió para el Nuevo Mundo y lo hizo sin ayuda oficial, a su costa. Naturalmente, su pretensión, como la de infinidad de cirujanos europeos, como queda dicho, era la de aprender nuevas técnicas quirúrgicas y conseguir bibliografía e instrumental moderno con los que poder avanzar en la lucha contra la enfermedad. El mayor volumen de su equipaje de vuelta se componía de libros de medicina y los primeros, creemos, aparatos de anestesia Foregeer, Curare y Pentotal que, entraron en España.

Ya de regreso de América, operó al general Escámez y fue el primer caso de cáncer de esófago que se hacía en el país.

A finales de los cuarenta y principio de los cincuenta se fue introduciendo la anestesia con intubación e imponiéndose la vía venosa continua para la medicación. Estas nuevas técnicas revolucionaron la Cirugía por la mayor seguridad que daba para tratar al enfermo, tanto en su estado general y control del dolor en intervenciones largas, como en la alimentación parenteral. Poco a poco los progresos fueron acumulándose, de forma que se superaron los inconvenientes de tener que hacer operaciones breves e inquietantes para el peligro que conllevaba el uso de la anestesia. Nuevos métodos fueron introducidos en España por los doctores Duarte, Vela Díaz, Javier Elio y Roberto Llauradó y otros, que habían realizado sus estudios en EE.UU. e Inglaterra. Todos ellos fueron una gran base donde se apoyaría el progreso de la Cirugía en todas las especialidades.

En pocos años, sin los inconvenientes de hacer una operación contra reloj, Duarte pudo realizar la gran Cirugía que se estaba haciendo en los mejores hospitales del mundo occidental y con igual calidad. Para él se abrió una nueva etapa en su vida profesional en la que consiguió abrir caminos en la cirugía de los órganos, por decirlo de alguna manera, endotorácicos: esófago, pulmón, corazón, pericardio y pleura, debido en parte a su relación con Richard Sweet, el gran cirujano de Boston, por el que sentía gran admiración y afecto. Fue el iniciador de la cirugía cardiaca en España, que estudió en Londres y Nueva Orleans con Holmes-Sellos y De Bakey. También amplió la cirugía de digestivo, tanto del estómago (en 1950 operó a Américo Castro con quien le unía una estrecha amistad), intestino delgado, colon, vías biliares, etc. No dejó la neurocirugía, cuyos estudios había iniciado en Brees, con Forster, pues operó tumores cerebrales, medulares, nervios periféricos, etc. También amplió la cirugía osteo-articular, con enclavamientos, cúpulas articulares y otros²⁰.

Don Pedro Lain Entralgo dijo de él: *«El Dr. González Duarte fue y es un perfecto estudiante calificado por su inteligencia, por su personalidad para estudiar lo que no le enseñaban y por su firme voluntad. Fue un discípulo excepcional. No sólo un alumno que se limita a oír a sus maestros, sino discípulo que supo buscar maestros y que ha sabido ser fiel a ellos e incluso perfeccionarles. Aprendió en las mejores escuelas de la cirugía europea la virtud de la elegancia, que es la pronta fácil y segura ejecución de algo, sabiendo*

²⁰ Conferencia del Doctor José María Maíz Bermejo con motivo del homenaje que hizo el Ilustre Colegio de Médicos de Madrid al doctor Duarte y al Hospital de la Princesa, el 18 de mayo de 1989.

reducir al mínimo lo ocioso y salvando la seguridad del paciente...»²¹.

Pero, no solamente estudió con médicos de más allá de nuestras fronteras, sino que durante muchos años tuvo una estrecha relación con los cirujanos de la escuela de Barcelona, Soler Roig, Puig Sureda, Arruga, Puigvert, etc., de cuya amistad se honra.

Del mismo modo que Don Plácido se vio obligado a seguir estudios en la mayor parte de las universidades europeas y americanas, su bien ganado prestigio fue un reclamo importante para que cientos de nuevos cirujanos acudieran para estudiar con él sus técnicas en el madrileño Sanatorio del Rosario, en el Ruber y en el Hospital de la Princesa, donde Duarte solía operar. Y, por qué no citarlo, también fueron múltiples las ocasiones en que el carcelenero Doctor Duarte operó y dio conferencias en el Hospital de la Seguridad Social de Albacete, localidad con la que nunca perdió su vinculación²².

Duarte es uno de los representantes del grupo generacional de los años 30 que cambiaron la medicina española y la hicieron más científica. Fue un verdadero Cirujano General, un cirujano de aquellos que se vino en llamar de la segunda generación que, una vez vencidos el dolor y las infecciones, se lanzaron a regiones cada vez más lejanas en busca de mayores posibilidades y que terminarían por revolucionar el mundo de la medicina.

Todavía no se hacía microcirugía y había que extirpar las lesiones viéndolas en su totalidad; ello implicaba necesariamente tener un conocimiento completo del órgano, y Don Plácido conocía perfectamente la anatomía: *«Los campos quirúrgicos de Don Plácido, siempre permitían una buena exploración de la lesión, su conocimiento de la anatomía le permitían incisiones amplias, exploraciones claras, pero sin lesionar órganos vecinos, que siempre tenía controlados...»²³.*

A medida que los cirujanos fueron haciendo progresos se dieron cuenta que sus conocimientos de anatomía y de patología eran insuficientes; tan sólo eran detallados en lo concerniente a los órganos accesibles en aquel momento.

Los avances de los años que siguieron a la muerte del Doctor Duarte fueron tan fabulosos y el crecimiento del edificio de la medicina, y consecuentemente el de la Cirugía, tan grande que tuvo que escindirse en múltiples especialidades, cada vez más complejas.

Sin embargo, Don Plácido siempre se mantuvo, como ya se ha dicho, en el marco de la Cirugía General, pero siempre a muy alto nivel. De él decían sus discípulos: *«No puede haber un Cirujano General actual que opere todo lo que se opera en el mundo y al mismo nivel. La especie ha desaparecido. Afirmo que en su época fue el primero de los grandes Cirujanos Generales españoles. Ahora digo que además del primero fue el último. ¿Por qué? Pues muy sencillo. Porque la figura del gran Cirujano General ha desaparecido por no poder existir seres que dominen todas las técnicas actuales, como entonces era alcanzable a algunos privilegiados. El avance de estos años ha sido tan fabuloso que nadie puede alcanzar la totalidad de los conocimientos ni el dominio de las complejas*

²¹ Conferencia de Don Pedro Laín Entralgo el 26 de abril de 1968 con motivo del homenaje ofrecido por la Sociedad de Estudios y Publicaciones por su jubilación en el Cuerpo Médico de la Beneficencia. Fragmentos de la misma fueron publicados en los Diarios, ABC, 27-IV-1968 y YA, 27-IV-1968.

²² Entrevista publicada por el Diario LA VOZ DE ALBACETE, el domingo 25 de julio de 1982.

²³ Conferencia del Doctor Peraita, con motivo del homenaje que le hizo el Ilustre Colegio de Madrid al Doctor Duarte y al Hospital de la Princesa, el 20-X-1986.

SOBRE UN CASO DE EPILEPSIA JACKSONIANA

POR EL

DR. GONZALEZ DUARTE



1 9 3 4
IMPRENTA PALOMEQUE
Ronda de Atocha, 37
M A D R I D

técnicas...»²⁴.

Nadie entre los médicos españoles dudaba que Duarte fuese uno de los mejores cirujanos europeos de aquellos años: «*Por ello digo que fue el último de los grandes Cirujanos Generales. ¿Qué hubiera hecho Don Plácido de vivir ahora, presenciando la explosión actual de la Cirugía? ...Forzosamente, a contrapelo, tendría que escoger una especialidad. Pero sin duda alguna, en ella sería el primero*»²⁵.

Don Pedro Laín Entralgo también lo dijo con palabras semejantes: «*Duarte ha sido un espléndido fin de raza, un cirujano que a la hora en que se constituían, cada vez más refinadas y exigentes, las fantásticas especialidades técnicas del actual quehacer quirúrgico... sabía operar con singular brillantez todo cuanto como cirujano se le presentaba...*»²⁶.

HOSPITAL DE LA PRINCESA

El nombre del Doctor Duarte va íntimamente ligado al madrileño Hospital de la Princesa, pues allí desarrolló casi toda su vida profesional (aunque también trabajó para la medicina privada en los sanatorios del Rosario, Ruber, y otros), desde que ingresara en el año 1924 hasta su jubilación y de él fue miembro directivo durante muchos años.

La fundación del Hospital de la Princesa fue producto de la voluntad política de la reina Isabel II que lo prometió en acción de gracias al salir ilesa del atentado perpetrado contra su persona por el cura Merino, cuando salía de orar de la Capilla Real. Le puso el nombre su hija recién nacida, la princesa Isabel Francisca. Se inauguró el 30 de diciembre de 1856 y su primer sede la tuvo en la Glorieta de San Bernardo, aunque a lo largo de su historia ha pasado por muchas vicisitudes, como el traslado de emergencia que tuvieron que sufrir sus instalaciones al colegio del Pilar, durante la pasada guerra civil.

En el año 1873 quedó establecido que los médicos del Hospital debían ingresar por oposición, procedimiento por el que entraron algunas eminentes médicos españoles como los Doctores Cortezo, Ustariz, Salazar, Adaro, Bastos, Cardenal, Duarte, Cifuentes Delatte, y más recientemente Castro Fariñas, Hernández Ros, Obrador, Montejo, Orueta, del Hoyo, etc.²⁷.

El Hospital de la Princesa cerró sus instalaciones en la Glorieta de San Bernardo, en julio de 1955, para trasladarse a Diego de León, donde empezó a funcionar en enero de 1956 con el nombre de Gran Hospital de la Beneficencia, aunque volvería a recuperar su nombre originario en 1980. Modernizadas sus instalaciones, comenzó en su nueva etapa ampliando sus servicios con nuevas especialidades. No obstante, el Doctor Duarte con-

²⁴ Conferencia de su discípulo el Doctor Peña López en el homenaje que le ofreció a Don Plácido el Ilustre colegio de Médicos de Madrid el 26-V-89. También el Doctor Alfonso Orueta, en el diario *EL PAÍS*, martes, 10 de junio de 1986.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ Laín Entralgo, P. «*la realidad lograda y la posibilidad no cumplida*». Diario *EL PAÍS*, 10 de junio de 1986.

²⁷ Conferencia del doctor Maíz Bermejo, en el homenaje que le hizo el Ilustre Colegio de Médicos de Madrid al Hospital de la Princesa y a Don Plácido Duarte en mayo de 1989.

PATOGENIA DEL DOLOR
EN LAS ENFERMEDADES
DEL RAQUIS Y TRATAMIENTO
DE LAS MISMAS

(Ponencia presentada en la Academia Médico-Quirúrgica)

POR EL

DR. GONZALEZ DUARTE



1 9 3 4
IMPRENTA PALOMEQUE
Ronda de Atocha. 37
M A D R I D

tinuó en el de Cirugía General hasta su jubilación. En él permaneció Don Plácido toda su vida profesional como médico y como maestro, ocupándose de la formación de nuevos cirujanos, colaborando en congresos y publicando trabajos científicos²⁸, que desde muy temprano fue entregando a la imprenta. De 1934 son sus estudios «*Sobre un caso de epilepsia jacksoniana*» y «*Sobre la técnica de la toracoplastia*»²⁹; «*Patogenia del dolor en las enfermedades del raquis y tratamiento de las mismas*», también del mismo año, fue una ponencia presentada en la Academia Médico —Quirúrgica y editada por la misma imprenta que las anteriores³⁰. De 1951 es «*Indicaciones y técnicas de la resección pulmonar*»³¹, ponencia presentada al II Congreso Nacional de Cirugía, del que Duarte fue organizador y Presidente. De 1952 es su trabajo «*La Resección pulmonar en la Tuberculosis*»³², ponencia presentada en el Congreso Internacional de Cirugía de París. Así mismo, también hemos podido documentar algunos otros, como: «*Sobre la asistencia urgente de los traumatismos vasculares*»³³; «*Restauración quirúrgica de la deglución*»³⁴ y «*El cáncer del esófago. Diagnóstico y tratamiento*»³⁵. Sus obras «*Coloplastia reparadora en una estenosis absoluta del esófago*»³⁶ y «*Cuestiones de cancerología*» fueron escritas en colaboración. Esta última con el doctor Riverós, de Paraguay.

Destacada fue también su labor como docente, dirigiendo tesis y comunicaciones a sus alumnos y médicos internos de su servicio. El año de su fallecimiento, en reconocimiento a su labor y dedicación al Hospital, sus compañeros le ofrecieron un homenaje. Se hizo el acto el 15 de octubre de 1986, en el que intervinieron ocho conferenciantes; dos de ellos, el Doctor Rof Carballo, «*Plácido González Duarte, un médico de siempre*» y el Doctor Cifuentes Delatte «*Plácido González Duarte, como maestro y amigo*», se encargaron de hacer una emotiva semblanza del gran cirujano. Los Doctores, Antonio Resines (hombre que heredaría de su maestro las grandes cualidades en el quirófano), Orueta Ontañón, Varela Uña, Palacios Carvajal, Figuera Aymerich y Alonso del Hoyo, presentaron comunicaciones científicas referentes a sus respectivas especialidades³⁷.

²⁸ Ibidem.

²⁹ González Duarte, P. «*Sobre un caso de epilepsia jacksoniana*» 10 pp. con 4 fotografías; y «*Sobre la técnica de la toracoplastia*», 26 pp. con 4 fotografías. Ambas editadas en la Imprenta Palomeque. Madrid 1934. Información que debemos a la gentileza de Fernando Rodríguez de la Torre, compañero del IEA.

³⁰ González Duarte, P. «*Patogenia del dolor en las enfermedades del raquis y tratamiento de la misma*», 35 pp. Imprenta Palomeque. Madrid 1934. Agradecemos a Fernando Rodríguez de la Torre la información.

³¹ G. Duarte, P. «*Indicaciones y técnicas de la resección pulmonar*». Ponencia presentada al II Congreso nacional de Cirugía. Editorial Paz Montalvo. Madrid, Octubre de 1951.

³² Dr. G. Duarte. «*La Resección pulmonar en la Tuberculosis*». Societé Internationale de Chirurgie. Bruxelles. 1952.

³³ P. G. Duarte. «*Sobre la asistencia urgente de los traumatismos vasculares*». Revista IBYS. Abril de 1966.

³⁴ P. G. Duarte. «*Restauración quirúrgica de la deglución*». Conferencia en la Academia Médico Quirúrgica de Vigo. 14-11-1954. Inédita. Se custodia en el archivo de la Academia citada.

³⁵ González Duarte, P. «*Cáncer de esófago. Diagnóstico y tratamiento*». En la Revista «*Acta oncológica*». Volumen I, julio-diciembre, Núm. 2. Madrid 1962.

³⁶ Duarte, Ruiz Martínez y Fernández Fermoso. «*Coloplastia reparadora en una estenosis...*». Revista Clínica Española. Tomo LXXIII. 15 de junio de 1959.

³⁷ Doctor Don Julio Gutiérrez Sesma, de la Sociedad Española de Médicos Escritores. «*Mi recuerdo del Doctor Duarte*». Madrid Médico. Primera quincena. Noviembre de 1986.

SOBRE LA TECNICA DE LA TORACOPLASTIA

POR EL

DR. GONZALEZ DUARTE



1 9 3 4
IMPRENTA PALOMEQUE
Ronda de Atocha, 37
M A D R I D

PROFESOR Y CIRUJANO DEL CUERPO MÉDICO DE LA BENEFICENCIA GENERAL DEL ESTADO

Como quedó dicho, ingresó en el cuerpo en 1924, tras pedir la dimisión como médico de la Casa Real. En él también, como en tantas otras instituciones en las que prestó sus servicios, se ganó el respeto tanto de profesionales como de pacientes. Permaneció en activo durante cuarenta y seis años, hasta que la Administración decidió su jubilación obligatoria en el año 1968, acontecimiento que sirvió de motivo para que la Sociedad de Estudios y Publicaciones le rindiera un homenaje, la semana del 22 al 26 de abril de 1968, en su sede social en la madrileña calle Arapiles. Hizo el ofrecimiento del Homenaje el filósofo Don Xavier Zubiri y en él participaron los más prestigiosos cirujanos españoles y europeos, como los Doctores Manresa, de Barcelona, Drew, de Londres, Le Brigand, de París y el italiano Valdoni, Catedrático de Cirugía de la Universidad de Roma³⁸. Cada uno de ellos presentó una comunicación de carácter científico referida a su propia especialidad. El acto concluyó con una exposición del académico Don Pedro Lain Entralgo, que cerró las jornadas con una conferencia en la que destacó la personalidad del Doctor Duarte como hombre y como médico³⁹. Sus palabras de homenaje las incluyó después en su libro *«Más de cien españoles»*, impreso en Barcelona, en 1981. De su referencia a Duarte como cirujano entresacamos: *«Pero de lo que ahora se trata no es de repetir con elogio lo consabido, sino de diseñar con precisión algunos de los rasgos con que esa genérica condición de gran cirujano ha sido en este caso realizada. Juzgando por lo visto y lo oído, me atrevo a pensar que la excelencia quirúrgica de Plácido G. Duarte se halla fundamentalmente constituida por las siguientes notas:*

1) *La suma perfección en el empeño de aprovechar al máximo —improvisando, tantas veces, en el curso del acto quirúrgico— todas las enormes posibilidades actuales de la cirugía exéretica y reparadora. Todas, porque él siempre ha querido ser, frente a la especialización inmediata, cirujano general; pocos han hecho profesión de fe en la cirugía general con tanta convicción y tanta autoridad. Pero sobre todo, las pertinentes a los dos campos en que ha culminado su maestría técnica, la gran cirugía del cáncer y la cirugía torácica.*

2) *La lúcida posesión de una conciencia quirúrgica especialmente profunda y depurada. Llamo ahora «conciencia quirúrgica» a la expresión psicológica del hábito mental y operativo que nuestro cirujano, en un discurso ante la Academia de Cirugía de Madrid, denominó «espíritu quirúrgico». En su complementaria oposición al «espíritu médico» del internista, ¿qué es el «espíritu quirúrgico»? «la diferencia entre lo quirúrgico y lo médico —decía él— es una realidad que hay que reconocer, significativa de dos estilos distintos, temperamentalmente condicionados, de considerar los problemas terapéuticos. La irreductibilidad, por biológica de esta disparidad de estilos, tiene de aprovechable el beneficio que puede obtenerse de su contraste. La emulación no tiene más que consecuencias útiles*

³⁸ Los Diarios YA y ABC, entre otros, se ocuparon durante los días 23 al 26 de abril de 1968, de dar cumplida información del desarrollo del Curso-Homenaje al Doctor Duarte.

³⁹ El Diario YA del 27 de abril de 1968, incluyó un comentario de la conferencia.



El Doctor Duarte operando en los quirófanos del Gran Hospital de la Beneficencia General del Estado.

cuando los émulos están guiados por intenciones análogas de superación y acierto. Médicos y cirujanos deben inspirar su razón en las doctrinas y preceptos de una sola y común ciencia: la Medicina.

Desde que hay cirujanos o aspirantes a tales —desde que en la práctica de la medicina se separan y compiten entre sí internistas y operadores— tres principales caracteres han constituido, a mi juicio, el «espíritu quirúrgico»: la constante disposición a mancharse las manos en la exploración y en el tratamiento del enfermo; la tendencia a no admitir como cierto sino lo que puede verse y tocarse; una especial intensidad de la actitud ante la enfermedad que más de una vez he llamado yo «ánimo terapéutico», esa fecunda no-resignación de los Paracelsos, los Paré y los Withering ante la ocasional limitación de las posibilidades de ayudar técnicamente al enfermo. Pero sin la callada posesión de «espíritu médico», ¿podrá lograr excelencia el cirujano? Plácido G. Duarte ha sabido darnos una estupenda respuesta a esta interrogación: «Un cirujano es un médico que sabe operar».

De nada serviría la más fina conciencia quirúrgica, si ésta no se expresase ante la mesa de operaciones; y puesta en tan terminante prueba, consiste en la elección de la conducta operatoria con plena lucidez sobre el caso y sobre lo que uno, como cirujano, es y puede entonces ser. «Dentro de lo que debe hacerse, de lo que yo soy y de lo que aquí y ahora yo puedo ser ¿cuál debe ser mi comportamiento? ¿Qué debo hacer?». En el orden de los hechos, tal es la interrogación suprema de la conciencia quirúrgica. Magistralmente nos lo ha hecho ver Plácido G. Duarte, exponiendo cuál debe ser la composición de lugar del cirujano actual ante el arduo problema técnico del cáncer de esófago.

3) La concepción y la práctica de la intervención quirúrgica como la ejecución de una sonata, en parte reglada por lo que sobre ella dicen los libros y las revistas y en parte improvisada en el transcurso del acto operatorio. Como el pianista no deja para otro el último acorde de la pieza que ejecuta, el buen cirujano lo es con su gusto por la práctica atenta de todos los tiempos de la intervención, desde la incisión primera hasta la sutura final. Sólo una excepción a esta regla puede aconsejarse: la del operador que está siendo maestro y deja que el ayudante realice ante él algunos tiempos de la intervención por él comenzada.

Uno de los escritos del Corpus Hippocraticum prescribe, entre los talentos y las habilidades del médico, la «eurritmia de las manos». Linda expresión, y más todavía en nuestros tímpanos, sensibles aún a la estética verbal del modernismo, que en los oídos de los antiguos griegos. Tres requisitos dan su cabal integridad a esa eurritmia: la destreza, la inteligencia, porque también a través de la mano se debe ser inteligente, y la buena voluntad. Si habéis visto operar al cirujano Plácido G. Duarte, decidme si sus intervenciones no son, en este plenario sentido del término, admirablemente eurrítmicas».

Profundo conocedor de la vida hospitalaria y de la beneficencia, y hombre de pensamiento comprometido con las clases más desposeídas, se puso al frente de un grupo de médicos para redactar un anteproyecto de ordenación sanitaria cuyas conclusiones requerían que fuesen tenidas en cuenta en el Plan General de Hospitales que se estaba elaborando en 1968. Este grupo de médicos encabezados por el Doctor Duarte pedían de las autoridades una total y profunda remodelación de la medicina asistencial. En la exposición de sus peticiones hacían responsables a las compañías privadas de las desigualdades y no al

Seguro Obligatorio, porque aquellas hacen de la medicina un medio para enriquecerse y de los médicos una comparsa mediatizada por sus intereses empresariales. Para remediar la precaria situación hospitalaria del país, los citados doctores pedían en sus conclusiones la creación en España de una asistencia sanitaria total e integral, así como incrementar la medicina hospitalaria con la creación de un mayor número de instalaciones, tanto en el ámbito provincial como en el comarcal. Proponían que el derecho a la salud era universal y exigían que fuera olvidada de una vez por todas la palabra beneficencia como un acto de caridad, en el sentido más personalizado y humillante del término.

MÉDICO DISTINGUIDO POR SOCIEDADES, COLEGIOS Y UNIVERSIDADES

Siempre huyó de recompensas y homenajes, aunque recibiera muchos. Entre sus contemporáneos, era generalmente admitido como una de las cuatro personalidades más sobresalientes de la España de los años cincuenta. Don Juan Rof Carballo, de la Real Academia Española, nos lo refiere con las siguientes palabras: *«Eran cuatro mosqueteros de esa dama altiva y difícil que es España. Tenían la misma edad. Uno de ellos iba a ser un gran filósofo, Xavier Zubiri. Otro, un gran jurista, Joaquín Garrigues. El tercero, un gran médico, Jiménez Díaz. Y por último, Plácido G. Duarte, un cirujano excepcional»*⁴⁰.

Su expediente académico sobrepasaba las veinticinco Matriculas de Honor.

Siendo estudiante universitario consiguió los premios Martínez Molina y Ribera, instituidos por la Universidad.

Fue uno de los veinte miembros que componían el Comité Científico de la Sociedad Internacional de Cirugía, con sede en Bruselas, del que fue ponente, tesorero y, como tal, miembro organizador y Presidente del II Congreso Nacional de Cirugía celebrado en Madrid en 1951. Como representante de dicha sociedad médica asistió a los congresos de Nueva York, Chicago, Nueva Orleans, Boston, Cuba y Méjico, entre otros.

En 1950, como ya se ha dicho, presentó su ponencia *«Resección pulmonar en tuberculosis pulmonar»* en el Congreso de la Sociedad de Cirugía de París.

Así mismo era miembro de la Royal Society of Medicine, de Londres.

De la Academia de la Chirurgie, de París.

De la Academia de Chirurgie de Lyon.

Miembro de la Sociedad de los Hospitales de México.

Miembro de la Academia de Cirugía de Nueva Orleans.

Miembro de la Sociedad Americana de Médicos del Tórax.

Miembro de honor del Colegio de Cirugía de Barcelona.

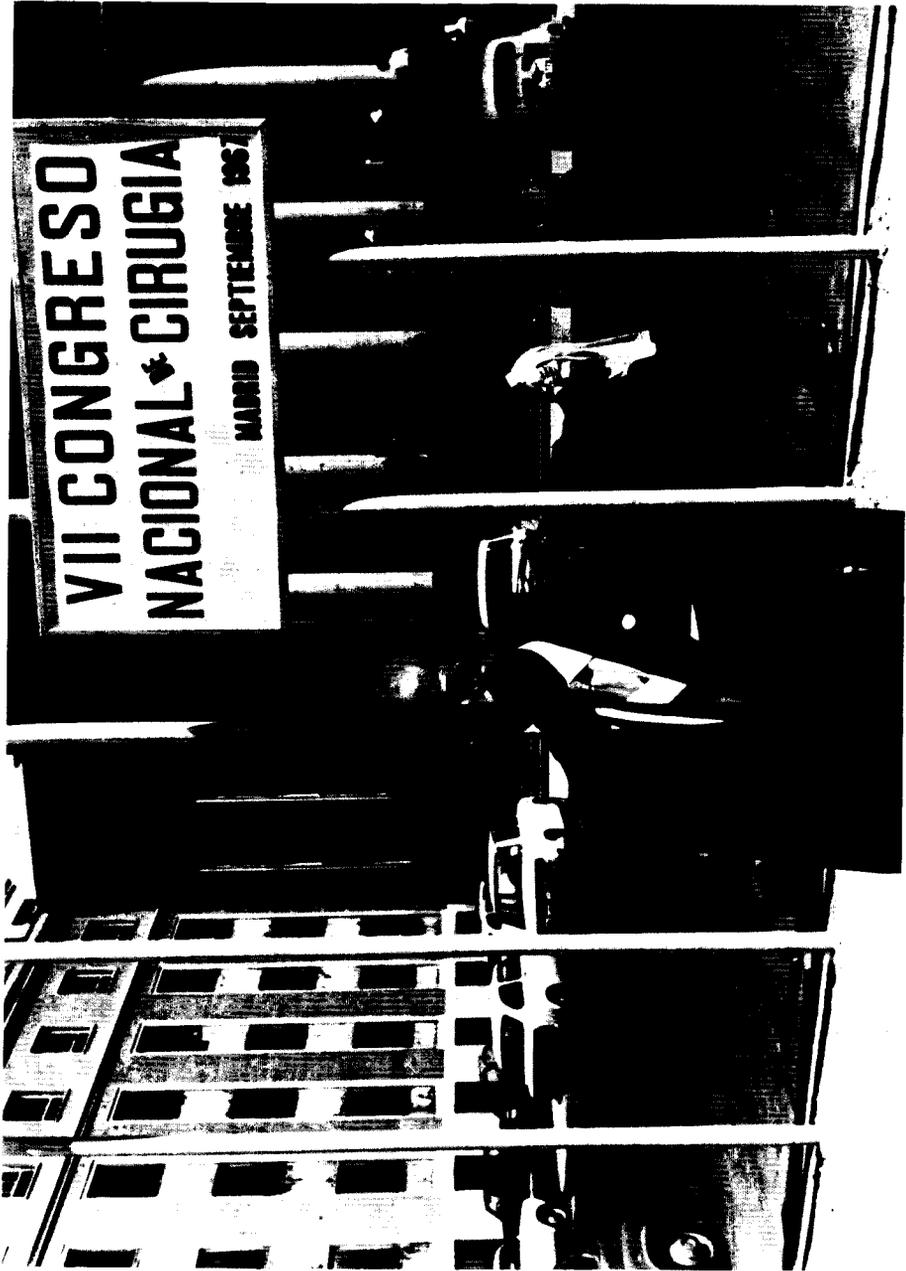
Secretario de la Comisión Nacional de la Lucha contra el Cáncer.

En el año 1984, Tierno Galván le impuso la medalla de la villa de Madrid.

Estaba en posesión de la Gran Cruz de la Sanidad.

En la habilidad de sus manos pusieron su vida la mayor parte de la intelectualidad española de su tiempo: Ortega y Gasset, Américo Castro, Zabaleta, José Caballero,

⁴⁰ Rof Carballo, Juan. *«Un hombre de España: Plácido González Duarte»*. Diario ABC. Tribuna abierta, 12-6-86.



El Doctor Duarte fue siempre un destacado organizador de los Congresos Nacionales de Cirugía.

Rafael García Serrano, Julio Gutiérrez Sesma, entre otros; aristócratas, como algunos componentes de las familias Mayalde y Romanones; los toreros Belmonte y Domingo Ortega y un larguísimo etc. Médico de una profunda moral hipocrática, su frase favorita era: «*Me gusta ayudar a quien busca mi ayuda*», y a su puerta llegaban hombres de todas las clases sociales. Rof Carballo dijo de él «*Durante toda su vida, incansablemente, ejerció su arte, valorado al máximo por los poderosos, pero en servicio incesante con los humildes*»⁴¹.

Su vida profesional le dio la suficiente altura moral para que al final de ella pudiera decir: «*Mi experiencia vital no es nada deprimente. Creo que el que se esfuerza en cumplir con su deber en su época encuentra siempre la compensación y el reconocimiento afectivo y profesional de sus semejantes*»⁴².

Sin embargo, es preciso recordar que, en 1955, por jubilación del Doctor Abasanz, Decano por edad del Cuerpo de la Beneficencia General del Estado y, por entonces, Decano-Jefe del hospital, le correspondía al Doctor Duarte ser nombrado su sucesor. Sin embargo, al estar privado del derecho de ejercer cargos públicos de responsabilidad en recuerdo a su pasado político, el nombramiento recayó en el siguiente médico del escalafón. La injusticia era tan grande que sus amigos Pedro Laín Entralgo y Ruiz Jiménez trataron por todos los medios de hacer que la Administración reconsiderase su postura, postura que se mantuvo. Este último, siendo Ministro de Educación, trató de poner remedio al abuso cometido con Don Plácido nombrándolo catedrático extraordinario aunque acontecimientos de sobra conocidos impidieron la reparación.

DUARTE HUMANISTA

Hombre cuya personalidad se forjó en el ánimo regeneracionista de la época, su actitud intelectual le llevó a participar de aquella conciencia nacional resultante del noventa y ocho, que trataba de traer la modernidad a España y acortar la enorme distancia que le separaba del resto de Europa. Su posicionamiento con ese espíritu reformista que renovaría de raíz la vida cultural del país, le proporcionó entre discípulos y amigos su fama de humanista. Ya en su etapa de estudiante era asiduo de las tertulias y conferencias que ofrecían las diversas instituciones madrileñas. Ni los horrores de la guerra civil rompieron su gran pasión por la lectura y la música. Su discípulo y más íntimo colaborador, en aquellos infaustos días del sombrío Madrid, el Doctor Cifuentes Delatte, nos dice: «*Fue un enorme, voraz lector de todo. Su curiosidad intelectual no tenía límites. Durante la guerra, el despacho de Don Plácido en el Hospital Nacional de Cirugía, que atendía a la población de Madrid, instalado en el colegio de Nuestra Señora del Pilar, en la calle Castelló, fue un oasis de cultura en las pocas horas tranquilas durante las guardias, que duraban una jornada entera*».

El Doctor Don Julio Gutiérrez Sesma, en la crónica que envió a la prensa con

⁴¹ Rof Carballo, Juan. «Un hombre de España: Plácido González Duarte». Diario ABC. 12-6-86.

⁴² Diario ABC. 24-4-68.

motivo del homenaje que le rindió el Hospital de la Princesa, en noviembre de 1986 decía: «*Era (el Hospital) como un remanso de paz en la guerra. Allí trabajaba el Doctor Duarte ajeno al inquietante y amenazador clima que le rodeaba, con una total entrega... en las tardes de guardia se reunía con sus colaboradores para tomar una taza de té, escuchar música clásica, recitar poemas de Juan Ramón o de Machado... Duarte fue hijo del noventa y ocho, con su acendrado amor al variopinto paisaje de España*». En este sentido es de destacar que fue un minucioso pintor de paisajes, «*demasiado trabajados*» solía decir él, aunque dejó de hacerlo en los últimos años de su vida cuando le fue faltando la visión. Su afición a la pintura y escultura le llevó a relacionarse con los mejores creadores de la época. Los muros de su casa lucían cuadros de Gutiérrez Solana, Gregorio Prieto, Zabaleta, P. Bueno, Mosquea, Sunyer y Benjamín Palencia. De este último, paisano y gran amigo, tenía cuatro cuadros, de lo que estaba orgulloso pues pertenecían, según decía, «*a su época más luminosa*».

Aficionado a la música, su casa solía convertirse en un auditorio donde tocaban las más prestigiosas orquestas de cámara y allí acudían prestigiosas personalidades de la sociedad madrileña. Era amante de la literatura y la filosofía, tuvo relación con la mayor parte de la intelectualidad de su tiempo. En su casa se leyeron muchas obras de teatro y en ella presentó Buero Vallejo la primicia de su «*Historia de una escalera*», que fue leída entre varios contertulios.

Era asiduo lector de Platón y de Bergson. Íntimo amigo de Xavier Zubiri, solían veranear y viajar juntos en busca de paisajes singulares, especialmente por la «*dolça Catalunya*».

El profesor y académico Don Pedro Laín Entralgo hizo una emotiva semblanza del Doctor Duarte con motivo de su fallecimiento en la que podía leerse: «*A su espléndida realidad como cirujano y a su decapitada posibilidad como docente se unían en Plácido González Duarte una fina extensa cultura científica y literaria; fue de por vida aficionadísimo lector y una honda y delicada sensibilidad ante las formas de vida y el espectáculo de las tierras de España. Pocos tan conocedores como él de nuestros paisajes y nuestros pueblos*»⁴³.

Es autor de varios trabajos literarios, en su mayor parte poesía, que se fueron publicando en diversas revistas de ámbito nacional. Fue el Doctor Duarte hombre que ejerció la ciencia y amó el arte, seguramente por las mismas razones, porque amaba la vida. Solía decir: «*Estoy en este arte dramático, pero tan noble y tan bello, que es la cirugía*».

Dejamos aquí estas breves acotaciones para la biografía de un gran médico, natural de nuestra tierra, cuya vida podrían resumir las palabras que para él tuvo el Doctor Valdoni, médico y cirujano de los Papas Pío XII y Pablo VI:

«*Ecco un grande chirurgo*».

J. M. A. T.

⁴³ Laín Entralgo, P. «*La realidad lograda y la posibilidad no cumplida*». Diario *EL PAÍS*. 10-6-1986.